

Presentación

La cultura política se ha convertido en un elemento cardinal en el proceso de transición a la democracia en México. Su desarrollo y consolidación como cultura cívica y participativa es hoy en día una preocupación fundamental en la mayoría de los actores políticos en el país. Pero ¿cuáles son nuestras normas de cultura política? ¿Cómo surgieron? ¿Cómo se han definido? ¿Corresponden a los parámetros establecidos por la cultura cívica?

Sin una respuesta adecuada a las interrogantes anteriores, no es posible entender los códigos imperantes. Una de sus principales características es la doble moral, ya que entre los supuestos del país formal y los del país real, existe una distinción entre lo que establece la norma legal y la manera en que ésta es manipulada en la práctica cotidiana. Este código ha sido sistemáticamente aplicado por el ciudadano común en la interpretación de los fenómenos políticos.

En los procesos de transición democrática se plantea la necesidad de establecer los fundamentos de una nueva cultura que modifique los resabios del autoritarismo. Pero hablar de transición democrática implica no sólo cambios en las instituciones y el régimen político, sino una transformación radical en las prácticas, actitudes y valores característicos de la cultura política tal como ésta es entendida por el ciudadano común.

La democracia ha ensanchado nuestras necesidades culturales y la cultura ha agrandado nuestras aspiraciones democráticas. La idea de un mundo civilizado se ha vuelto inconcebible sin esta valiosa combinación de emancipación cultural y de libertad democrática. La cultura es el equilibrio invisible de las cosas que nos rodean, la democracia es el orden visible de quienes nos gobiernan. La cultura es una configuración del ser, la democracia una organización para la existencia. Una nos ayuda a vivir y la otra a entrar en acción.

La crisis de las culturas tradicionales, sometidas a la necesidad despiadada de transformarse para sobrevivir, impone una asimilación hasta cierto punto violenta de

la conciencia moderna, para lo cual no siempre se está preparado. La reconquista de las identidades es también una forma de adquirir poder en el terreno de lo universal. Todos desean ingresar al mundo de los conocimientos y de las técnicas, sin los cuales no se puede esperar otra cosa más que una supervivencia miserable o quimera. Pero entonces ¿cómo evitar la destrucción de las características particulares de cada cultura?

El sentimiento de identidad cultural proviene de la pertenencia a un grupo, cuya definición y cohesión reposan sobre un sistema común y relativamente coherente de valores y de instituciones. Este sistema es, en función de la existencia en común, respetado por los individuos, pero es pertinente en tanto que permanezca una norma de referencia para la mayoría de los miembros de cada grupo. La identidad cultural es una construcción en gran medida ideal, una reconstrucción a partir de elementos reales o imaginarios y lo edificado tiene una finalidad evidente: es una máquina de supervivencia, que utiliza el pasado y el futuro para conformar el presente.

Comité Editorial